

# El deseo al desnudo

## Patrick Mimran. *Vértigo*

Círculo de Bellas Artes (Sala Goya). Madrid  
C/ Marqués de Casa Riera, 2. Comisario: José Jiménez  
Hasta el 2 de noviembre

**R**OGER Caillois denominó *juegos ilinx* a los que consisten en destruir por un instante la percepción, y en infligir a la conciencia lúcida una especie de pánico voluptuoso: se trata de alcanzar un espasmo, un trance o aturdimiento que provoca la aniquilación de la realidad con una brusquedad soberana. *Ilinx* es el nombre griego para remolino de agua y de él procede *ilingos*: vértigo. Son numerosos los rituales en los que se excita el vértigo, desde la danza de los derviches al riesgo que asumen los huasteneos o totonacas en México al arrojarse al vacío desde lo alto de un poste que puede tener treinta metros. Pero también es posible perder pie en el giro infantil sobre uno mismo, en la turbulencia erótica o en la intensidad de la experiencia artística. La estética del vértigo no tiene por qué asumir la forma del tormento espiritual, ni sus imágenes son siempre un temblor; al contrario, en un dominio aparente estático, por ejemplo, en el desierto o en un túnel vacío, puede experimentarse la caída.

Las instantáneas del vértigo de Mimran tienen algo de micro-escenas teatrales en las que el erotismo, la representación de la violencia y el radical sentido del humor son determinantes. Lejos de la pretenciosidad de muchos planteamientos estéticos «políticamente correctos», este artista alegoriza nuestro mundo como un paisaje colonizado por la espectacularización (las vacas pastan entre televiso-



**El gran burdel (2003). Fotografía**

res en el que una mujer desnuda no parece tanto ofrecerse cuanto entregar una imagen de distancia absoluta). Por todas partes se cuelan los muñequitos, esa humanidad que oscila entre la imagen tónica de la pareja el día de la boda, el astronauta, los payasos o el árabe que nos hace pensar, inmediatamente, en Bin Laden. Sobre un fondo cuasi-pornográfico (esa mirada que se aproxima al detalle corporal que excita el deseo), esto es, identificable con lo que es hoy en día toda información, Mimran deja que caiga su imaginario obsesivo que va desde el

lujo al viaje acelerado; la profilaxis y el miedo al otro; la narcolepsia de la banalidad o el dinero como aquello que desnuda drásticamente nuestras intenciones.

## Caída libre

Las obras de Patrick Mimran, según José Jiménez, comisario de esta magnífica exposición, imponen ante nuestra mirada una sensación de descontrol y, también, de caída libre: «Actúan como una especie de eco del flujo incesante de imágenes que nos acompaña y se introduce en nuestras vidas, querámoslo o no, y que tiene sus dos polos más intensos en el sexo y el consumo. El hilo del deseo establece el nexo de unión de circularidad difusa que hay entre estos dos polos. A la vez que un campo autoritario de control e interferencia, en el que actúan las distintas instancias de poder, tiende a reprimir los aspectos transgresores del deseo, su configuración como vértigo, para llevarlo a un plano banal y de sometimiento». Frente a la regresión infantil del arte contemporáneo y la lobotomización de la crítica, este creador propone una visión de la demolición como algo estructuralmente conectado con el humorismo de los «hombres póstumos»: los aviones cruzan sobre una calle en la que las figuras han pasado del erotismo a la materialización de la tragedia. Entre el onirismo y la parodia de lo que (nos) pasa, el vértigo de Mimran hace que caigamos en la cuenta de nuestra hipnosis ante un mundo obscuro, tragicómico, demencial, en el que los deseos, por oscuros que sean, tienen que desnudarse.

**Fernando Castro Flórez**